

ALFONSO REYES Y LOS LIBROS: SALVACIÓN DEL ESPÍRITU

LUIS GERARDO PÁEZ ALFARO¹

El Premio Internacional Alfonso Reyes, creado en 1972, nos presenta en esta ocasión a su galardonado de 2024, el Dr. Alberto Enríquez Perea, con el texto (o mejor dicho *plaquette*) *Alfonso Reyes y los libros: salvación del espíritu*. Pero ¿quién es este autor? Alberto es licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública, estudios realizados en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Nuestro conocido y estimado compañero de esta facultad también ha realizado estancias de investigación internacionales, así como un doctorado en España, en el Instituto *Ortega y Gasset*, además de dedicar gran parte de su labor académica al estudio de los principales intelectuales mexicanos del siglo xx y del Exilio español en México.

Dentro de tal investigación, Alfonso Reyes ha ocupado un lugar principal a lo largo de su vida, como lo constatan los diversos libros y textos que ha escrito, compilado y editado. Pasando por su pensamiento político, filosófico, su correspondencia con diversos autores, así como aspectos biográficos, en esta ocasión se centra en un aspecto más íntimo de su vida: la relación de Reyes con sus libros, fundamentales para cualquier estudioso de las letras. A través de un breve recorrido (como *plaquette*, nos ofrece alrededor

¹ Egresado de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Líneas de investigación: la ética y ontología, poesía mexicana –principalmente del Grupo de los Contemporáneos–, lengua hispana y las dificultades de comunicación propias del lenguaje. Ayudante SIN I de la Dra. Laura Benítez y del Mtro. Rogelio Laguna, PUIC-UNAM.

de 60 páginas breves, acaso como las populares ediciones de bolsillo), el Dr. Alberto nos ofrece un vistazo al papel que fueron ocupando los libros en la vida de Alfonso Reyes, desde sus primeros acercamientos, sus primeras adquisiciones, formación de una biblioteca propia, separaciones abruptas y dificultades económicas, recuperaciones, hasta el asentamiento final de la biblioteca personal de Reyes en México, tierra natal del pensador.

Una persona estudiosa de las letras podría preguntarse “¿qué me puede decir sobre los libros esta *plaquette* que no pueda saber yo mismo, que también me relaciono con ellos y formo mi propia biblioteca personal?” Pues bien, de la mano del Dr. Enríquez podemos repasar varias enseñanzas sobre los libros en general, como un objeto (no sobre un libro o título en específico) tan vital e insignificante al mismo tiempo, y es precisamente este aspecto en el quisiera concentrarme.

¿Qué son los libros? Páginas con tinta agrupadas y encuadernadas; repositorios de ideas, resistencias al paso del tiempo, al olvido, memoria. Aún más: “[S]u biblioteca [de Alfonso Reyes], rica y completa, y espejo de su alma. [...] Anduvo por el mundo con sus libros, leyendo y escribiendo y dejando constancia de haber vivido, porque la *vida es un poema*.” (Enríquez Perea, 2024, 14) Pues cargamos con nuestras lecturas como cargamos con las personas que han estado en nuestras vidas: a veces nos acompañan a donde vamos, leyendo/platicando en nuestros ratos libres o estudiando y discutiendo, o hasta divirtiéndonos, a veces simplemente como recuerdos con los que dialogamos a solas, sin que nos acompañe su presencia física. Les llevamos en la memoria, en nuestra identidad, como algo “intangibles”. El valor de los libros no está en conservarlos en los libreros, etéreos, abstraídos del mundo, sino en las huellas que dejan en nuestra memoria, en sus influencias en nuestra forma de ver y entender la vida.

¿Qué mejor ejemplo de nuestros intereses vitales que las actividades a las que nos dedicamos apasionadamente? Para quienes estudian las letras, son así los libros a los que dedican sus vidas uno de los mejores reflejos (espejos) de su alma, de quiénes son. Podemos conocer así a las personas a través de sus bibliotecas, al menos en cierta medida, cuestión evidente para el Dr. Alberto.

Reyes tuvo claro que, para un lector, los libros atraviesan toda su vida, sea donde sea que vaya. Y es que «Tener libros es un gusto, y leer es la

clave. “Escribir es como la respiración del alma, válvula moral.” Luego entonces, el leer llama al escribir; y éste es el verdadero mal que causan los libros.”» (Enríquez Perea, 2024, 23) Es en la necesaria relación entre lectura y escritura que ajustamos y reajustamos nuestra “válvula moral”, pues el inmenso caudal de ideas que nos ofrecen los libros –filosóficos, novelísticos, poéticos, políticos, históricos, etcétera– termina dejando alguna inquietud en los lectores: volvemos la vista a nuestra vida, nos vemos al espejo que son nuestros libros, reflexionamos sobre por qué vivir de tal forma o hacer cuál cosa, modificamos lo que consideramos pertinente o integramos lo que mueve y alimenta nuestra vitalidad (descubierto, susurrado o sugerido en los libros que leemos), o excluimos lo que la limita y erosiona; construimos formas de vida y relación con los otros, en fin, una *válvula moral*.

Prueba de lo anterior son las notas y subrayados que vamos dejando en nuestros libros o en hojas aparte. Comentamos lo que nos interesa, lo que consideramos relevante; algunos en el mismo libro integrándolo a ellos, otros por aparte debido a una especie de respeto sacro hacia sus libros.

¿No se asoma entonces un aspecto más fundamental sobre el valor de los libros, su origen y significado en la vida humana? Las ideas en tinta no surgen de la nada, sino de las personas. Alberto Enríquez nos recuerda que, a Reyes, “Leer lo hacía respirar. Escribir era vivir.” (Enríquez Perea, 2024, 35), y si esto es así es precisamente porque al leer dialogamos con alguien más, discutimos, confrontamos, aceptamos o rechazamos premisas y conclusiones. ¡Somos seres sociales, incluso leyendo “a solas”! No llegamos a muchas nuevas ideas en soliloquios internos, sino a través del contacto social, que es precisamente el que nos posibilita, después, discutir a solas con uno mismo, nutrido del lenguaje, ideas y cultura de nuestra comunidad y libros.

Pero no olvidemos que los libros, así como son maravillosos, también guardan un aspecto banal, que no son realmente sagrados por sí mismos. Reyes pudo descubrirlo a través de las dificultades económicas que le forzaron a despedirse en numerosas ocasiones de sus preciados libros: «”He saboreado la delicia de no tener libros ni necesitar de ellos para pensar. Si logro escribir sin ellos, habré conquistado mi salvación, seré plenamente fuerte. Los bienes materiales nos secan, nos corrompen.”» (Enríquez Perea, 2024, 51-52).

Revelación como la anterior, común tanto a Reyes como a varios otros escritores o pensadores, nos revela la esencia de los libros, pues podemos leer entre líneas lo que más claramente nos dirá en el mismo siglo XX Ray Bradbury:

(Faber): No son los libros lo que usted necesita, sino algunas de las cosas que hubo en los libros. [...] No, no, no son los libros lo que usted busca. [...] Los libros eran solo un receptáculo donde guardábamos algo que temíamos olvidar. No hay nada de mágico en ellos, de ningún modo. La magia reside solamente en aquello que los libros dicen; en cómo cosen los harapos del universo para darnos una nueva vestidura. (Bradbury, 2020, 100).

Si Reyes caminaba por el mundo con sus libros, evidentemente no es porque pudiera cargar con miles de páginas en la mano o a su espalda a cada paso, sino precisamente por las marcas que fueron dejando en su memoria e identidad, como sucede a todo lector, y cargando tan solo con unos cuantos libros físicos en la mano.

«Reyes, en el libro, encontraba “ideas y sentimientos, testimonios sobre la herencia acumulada por el alma de los hombres.” [...] Después de todo, los libros no son un “lujo sino parte integrante de la vida humana [...]» (Enríquez Perea, 2024, 55). Clara muestra del descubrimiento de la esencia de los libros común tanto a Bradbury como a Reyes (poco importa si de hecho pudieran haberse leído mutuamente o no), conocimiento brindado a muchos lectores apasionados.

Llegamos así a uno de los puntos clave de esta *plaque*: el recordatorio de que, si bien podemos amar los libros, no debemos divinizarlos. Como estudiantes y profesionistas de las letras, es común a nosotros la experiencia de buscar los mejores libros, con más bellas portadas o mejores traducciones, a veces nuevos o a veces usados, comprándolos aunque a veces sean exageradamente caros, e incluso a veces preservándolos como si fueran piezas de arte intocables, colocadas en librerías lejos de las manos del lector interesado, prohibiendo su uso a cualquier persona: acaso sea vicio propio o vicio ajeno. Pero como ya dijimos antes, el valor de los libros surge sólo en la lectura, que invita a seguir leyendo e incluso a escribir. En el momento en que prohibimos leer libros por volverlos reliquias, estos pierden su razón de ser, se vuelven simples objetos irrelevantes.

Además de válvula o brújula moral, los libros son fértil tierra para la cultura y todo tipo de ideas, no solo las morales, como nos recuerda Enríquez Perea al decir que “El libro es el ave que vuela. Va dejando caer en su revoloteo las semillas que germinarán con el tiempo. Y su fruto, como el pan, es alimento espiritual de los hombres.” (Enríquez Perea, 2024, 60). El vicio del coleccionismo en librerías relicarios corta las alas de los libros, su flujo de ideas y cultura. Un libro sin leer deja de alimentarnos, y con ello, deja de revitalizar. Como estudiantes de las letras o como cualquier otro lector, debemos de luchar contra tal vicio: que nuestro amor por los libros y las ideas, la comunicación y el diálogo, no degeneren en (paradójicamente) la falta de lectura y de difusión y divulgación con toda otra persona interesada en leer.

Puede que, como sucedió con la biblioteca personal de Reyes, debamos aspirar a que nuestras bibliotecas personales se vuelvan bibliotecas públicas en algún sentido o modo; cuestión que va más allá de esta reflexión y del texto mismo de Enríquez Perea, más inevitable no hacerse esa pregunta con un hilo conductor como son los libros, su valor y su capacidad de salvarnos.

Para culminar la intimidad de su breve texto, el doctor nos recuerda que los libros no son simple diálogo académico, sino que brindan a las personas diversas posibilidades, en todas las cuales podemos encontrar un respiro, un descanso, salvación, vitalidad (si bien no todos los libros que llegan a nuestras manos valen la pena): “[E]sos libros que eran como el agua o el vino, para saciar su sed de conocimiento.” (Enríquez Perea, 2024, 66). Los lectores nos embobamos entre la multiplicidad de ideas en los libros –nos ahogamos, saciamos, aburrirnos, cansamos, emocionamos, asustamos, extasiamos, divertimos, alegramos, etcétera–, entre las letras, alejándonos y volviendo una y otra vez, en una relación vital que en muchos casos nunca abandonamos para siempre.

Por fuerza, esta *plaque* no nos puede brindar todo el espacio y soltura para que su autor despliegue toda su capacidad de redacción, de belleza prosaica, así como completa conclusión y conexión de su texto, mas no por ello hay que subestimarlos: encontramos en su breve texto un gran recordatorio de la ambivalencia de los libros: tesoro y nimiedad al mismo tiempo. En fin, *salvación del espíritu*, (Enríquez Perea, 2024, 76) como concluye el Dr. Enríquez para el caso de Alfonso Reyes (y para todo lector, me atrevo a decir).

Quizás, como filósofo, el presente autor pecara de preguntar y reflexionar a partir de esta *plaque* para una reseña; quizás una reseña construida así le ofrezca al lector un motivo más interesante para leerla que la simple síntesis de los contenidos del texto. Sin embargo, no dudo que como personas embebidas de la riqueza de los libros muchos hemos de encontrar fraternidad, sentimientos en común, preguntas y respuestas sobre nuestra forma de relacionarnos con nuestras bibliotecas personales a partir de este maravilloso texto biográfico de Alfonso Reyes que nos brinda el Dr. Enríquez Perea, así como a partir de una reseña guiada por preguntas; un íntimo motivo para leer *Alfonso Reyes y los libros: salvación del espíritu*.

Bibliografía

- Bradbury, Ray. 2020. *Fahrenheit 451*, Editorial Planeta Mexicana: México, 265 pp.
- Enríquez Perea, Alberto. 2024. *Alfonso Reyes y los libros: salvación del espíritu*, INBAL-Universidad Autónoma de Nuevo León: México, 84 pp.